

"El Corresponsal de Paris"

(Hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa hispano-americana.)

Redaccion y Admón: 57. y 59 rue Maubeuge.

Paris.

Año I. - Núm. 11.
Paris 15 de Julio de 1888.

Sumario: Ojeada a la situacion: Sintomas de apaciguamiento. La ultima carta del Boulangismo. Un penoso espectáculo. El duelo Floquet-Boulangier. La fiesta nacional. - La semana financiera. - Paris literario. - Extranjero.

La proximidad de la fiesta nacional de la Republica habia obrado ultimamente en este pais, tan dado a las grandes emociones, un verdadero milagro. En efecto - ¡fenómeno digno de notarse! - cuando más exaltadas estaban las pasiones; reciente todavía el voto de la Cámara que dio a los radicales y al gobierno un soberbio triunfo; preparándose los oportunistas para la revancha y reactivando los boulangistas en interrumpida campaña, bastó de momento la publicacion de una hermosa carta inédita de Gambetta llamando a la conciliacion a todos los republicanos - carta que reprodujeron los primeros aquellos que, en vida, fueron los mortales enemigos del gran tribuno - y el hallarnos en visperas de la fiesta conmemorativa de la Revolucion, para que todos a una, tracios y curiaecos, bajaran el diapason de sus acaloradas discusiones y dieran a su acento respectivo una inflexion de relativa dulzura, que cualquiera hubiese tomado - a no conocer de antiguo el mal endémico que corroe a los unos como a los otros - como un sintoma manifiesto de futura conciliacion y de necesaria concordia.

Nada, en efecto, tan a propósito como la publicacion de ese documento para producir esa momentánea tregua. Gambetta, a pesar de la poderosa fuerza de su carácter y de lo indomable de su fogoso temperamento, era, por natural contraste hijo de su grandera de alma, el espíritu más conciliador y más tolerante entre todos los políticos que figuran en la historia contemporánea de la Francia republicana. Calumniado y herido de la manera más acerba en los últimos tiempos

De un esplendor político, Gambetta, en medio de todo, con aquella clarividencia que distingue y avalora todos sus actos, jamás se dio por vencido y nunca dejó de manifestar a sus amigos más íntimos la confianza absoluta que abrigaba en que al fin se le haría la debida justicia. La carta que últimamente han publicado los periódicos parisienses es un trasunto fiel del pensamiento que dominaba en la conciencia de ese hombre intachable, cuya temprana pérdida jamás llorarán bastante los republicanos franceses.

No se equivocaba Gambetta; pero ¡ay! la justicia apareció demasiado tarde, es decir, cuando aquel gran corazón ya no palpitaba. La noticia de su muerte, corriendo como un lamento fúnebre de un extremo al otro de Francia, fue a la vez el anuncio de su reivindicación; y desde la fecha en que dejó de existir aquel modelo de patriotas, en un solo día se ha pasado sin que Francia entera le llorase, cual si en efecto hubiese perdido en él la única forma de alianza posible entre todos los amantes y partidarios del régimen republicano.

Y hubo un momento días atrás en que creímos sinceramente que era reconciliación de los republicanos todos, ante el recuerdo de ese grande hombre era ya un hecho. ¡Ilusión, mentida ilusión todo esto! El espíritu de intranquilidad, la lucha de los personalismos, ha invadido hace mucho tiempo el terreno donde la fría razón y la serena conciencia debieran desplegar todas sus facultades, y de ahí sin duda la escena violenta y tumultuosa ocurrida últimamente en la Cámara y que todos los periódicos han relatado con las frases más vivas de tristor y amargura.

Nadie imaginaba el jueves que el general Boulanger, héroe-triunfante héroe por cierto - de la jornada, asistiría a la Cámara. Pero el general y sus amigos, que habían venido en cierto modo envalentonados de su reciente excursión por la Bretaña, tenían ya su plan de batalla formado en este sentido, y desde las primeras horas de la sesión se les vio en los pasillos del Palacio Borbon, demostrando en su semblante que algo grave bullía en su cerebro.

No tardó en aclararse el misterio. Discutiase una proposición relativa a la supresión de las congregaciones religiosas. Reclamada la urgencia, la Cámara votóla por una gran mayoría, y entonces fue cuando el general Boulanger, provisto de su correspondiente discurso - o lo que fuere - redactado de antemano, subió a la tribuna, provocando desde luego su presencia, marcado disgusto en los unos (en la gran mayoría de los diputados republicanos), satisfacción inmensa en el grupo de la Derecha monárquica, única que se proponía

sacar positivo provecho de la escena violentísima que iba a suscitarse.

¿Qué se proponía el general? Por muy inverosímil que parezca, dado el desenlace del incidente es fuera convenir en que M.^r Boulanger no pudo proponerse otra cosa que provocar un espectáculo repugnante en la Cámara para que el país se hiciera bien cargo del escandaloso cariz que presenta actualmente el sistema parlamentario y le diera unánimemente la razón cada vez que él o alguno de los suyos reclamaban en sus peroratas la disolución del Parlamento.

El pretexto que sirvió al general Boulanger para sublevar los sentimientos de la Cámara fue la presentación de una proposición invitando al gobierno a que pida la disolución al presidente de la República. No hemos de seguir en su peroración al diputado por el Norte. Bastará decir que toda ella está compuesta y redactada en un idioma tan elevado que la Cámara más paciente tenía forzosamente que indignarse y sublevarse. No extrañamos, pues, las innumerables y ruidosas interrupciones de que fue objeto M.^r Boulanger durante la lectura de su atrevido y atrabiliario documento. — Las frases más acerbas, los conceptos más virulentos se cruzaron de una parte a otra del hemicycle mientras el general estuvo ocupando la tribuna, convirtiendo el palacio de la Representación nacional en un verdadero pandemonium donde nadie se entendía, donde todo el mundo vociferaba a la vez y donde la autoridad del presidente quedó durante más de media hora revolcándose por el suelo, sin que sirvieran a recogerla ni las continuas llamadas al orden, ni las amenazas de proceso verbal, ni las proposiciones de censura.

Esto, sin embargo, no era más que la primera parte del espectáculo; espectáculo que sobrepasó de mucho a la escena tumultuosa ocurrida en la misma Cámara cuando el general Boulanger hizo su debut parlamentario reclamando en una célebre sesión la revisión Constitucional.

El espectáculo llegó a su completo apogeo cuando el presidente del Consejo M.^r Floquet subió a la tribuna para replicar al diputado por el Norte. El jefe del gobierno estaba realmente indignado — lo cual no nos sorprende; así es que sus palabras fueron, más que dardo, contra el general Boulanger, verdaderos látigos que arrancaban a éste y a sus amigos las más violentas exclamaciones, muchas de las cuales afortunadamente no podían recogerse porque eran las más de las veces apagadas por la grita y por el tumulto. M.^r Floquet estuvo implacable, intemperante y algunas veces agresivo — tal vez más de lo que

le correspondia como jefe del gabinete - ; pero su discurso, si puede llamarse tal aquella réplica sin dilacion y cortada a cada frase por las sucesantes interrupciones de los unos o por los aplausos de los otros, tuvo el privilegio de unir a todos los republicanos de la Cámara, excepto a los amigos del general Boulanger, en un solo apretado lazo, y valió al presidente del Consejo un continuado triunfo, sobre todo cuando dijo al diputado por el Norte que mientras los republicanos de abolengo se sacrificaban por la democracia él pasaba su tiempo en las antecámaras de las sacristías...

El general Boulanger palideció más de una vez al oír los durísimos apóstrofes que le arrojaba el presidente del Consejo, y aunque procuró dominarse al subir de nuevo a la tribuna para contestar a Mr. Floquet, desde luego se vio que la indignacion de que estaba poseído se impondría a su voluntad y que la escena, que ya tocaba a su fin, tendria un violentísimo desenlace.

Así ocurrió, en efecto: "En una amarga réplica - empezó diciendo el general - que el presidente del Consejo ha ensayado de hacer espiritual y que parecia escapada de la boca de un peon de colegio, mal educado..." - Las interrupciones, al llegar aquí, convirtieronse en una verdadera tempestad de insultos. El general, sin embargo, no habia concluido. Oigámosle, y despues averguencémonos por él y por el prestigio del Parlamento.

"Ante vuestra intolerancia - dijo - contestaré muy brevemente al señor presidente del Consejo. Pídole tan solo permiso para replicar a algunas palabras que me han profundamente herido y despues de las cuales le he dicho por cuatro veces: habeis impudicamente mentado..."

Pronunciadas estas palabras, prodújose en toda la Asamblea un momento de estupefaccion. Jamás la cámara habia presenciado un incidente de tanta gravedad. Mr. Floquet vióse inmediatamente rodeado por sus amigos, quienes le aconsejaron que deje el insulto sin respuesta. La mayoría de los diputados se levanta de sus asientos y reclama del presidente la censura sin dilacion y sin excusa.

El general Boulanger tenía ya previsto lo que iba a suceder. Afectando entonces una gran sangre fría volvió a subir a la tribuna, y antes de que la censura de la cámara fuese pronunciada se apresuró a presentar su dimision de diputado, primero anunciándola en alta voz y luego entregándola escrita al presidente. Hecho lo cual, retiróse de la cámara junto con sus amigos.

Esto es, en resumen, lo sucedido el jueves en el Parlamento. Las consecuencias pueden ya preverlas nuestros lectores. Consultado gravemente Mr. Floquet en presencia de toda la Cámara, envió inmediatamente al general Boulanger sus testigos y a última hora de la noche quedó concertado un duelo, a espada, que tuvo lugar a la mañana siguiente a las diez en una propiedad que posee el conde Dillon en las cercanías de París. El resultado del duelo ha sido favorable al presidente del Consejo. El general Boulanger recibió una profunda herida en el cuello debajo de la mandíbula derecha entre la yugular externa y a pocos milímetros de la carótida. La herida fue desde luego calificada de grave, y los médicos han reservado su pronóstico temiendo que se produzca una complicación interna que ponga los días del general en verdadero peligro. - A la hora en que escribimos estas líneas, una ligera mejoría se ha producido en el estado de Mr. Boulanger, pero el peligro no ha cesado.

La prensa extranjera ha venido estos dos últimos días llena con los comentarios relativos a ese deplorable incidente. La mayoría de los periódicos está persuadida de que el prestigio del general ha rodado por los suelos, después del escándalo último provocado en el Parlamento y después de la doble lección que le ha infligido el jefe del gobierno. "Hay personalidades - dice un periódico - a quienes no es permitido quedar nunca vencidas; hay situaciones que obligan siempre a vencer en todos los terrenos y en todas las contiendas... El general Boulanger, cayendo herido por la espada de un hombre civil, ha recibido un golpe tremendo del que no ha de poder levantarse jamás." - ¿Será ésta realmente la última carta jugada por el boulangismo?

+ * *

Por lo demás, la fiesta nacional de la República se ha celebrado con verdadera esplendor. El día 13 se inauguró con gran pompa en la plaza del Carrousel el monumento levantado a la memoria de Gambetta. A pesar del incidente del día, y de la presencia de Mr. Floquet en la ceremonia, nada turbó - contra lo que se temía - la grandiosidad del acto. El mismo Mr. Floquet, que pronunció un soberbio discurso - fue aclamado por la multitud, y todo se pasó con gran entusiasmo y con un orden admirable.

La gran revista militar de Longchamps fue un verdadero

o acontecimiento. Medio París se había trasladado a dicho punto para victorear al presidente de la República y al ejército. El conjunto de la fiesta, de la que guardaremos indeleble memoria, fue realmente bellísimo y Deslumbrador. Hubo, es verdad, alguna tentativa por parte de los boulangistas empeñados en Deslucir aquella solemnidad; pero sus intentos no encontraron eco y el fiasco por su parte no pudo ser más completo.

Pero la fiesta típica por excelencia, la que ha caracterizado este año la fiesta nacional de la República, ha sido el gran banquete dado en el Campo de Marte a los dos mil trescientos alcaldes de las poblaciones principales de Francia, los cuales habían sido expresamente invitados a venir a París con dicho objeto por el presidente de la República. Los periódicos vienen hoy publicando los detalles de esa grandiosa manifestación, que por su esplendor y por sus proporciones recordaba seguramente aquella otra fiesta celebrada en el mismo sitio en 1789 por los representantes de las principales municipalidades de Francia con objeto de solemnizar el triunfo de la gran Federación republicana. — El presidente de la República en su discurso de bienvenida estuvo verdaderamente inspirado. De desear es que sus bellas palabras de unión y de concordia encuentren eco y que de una vez para siempre cesen las intestinas luchas que hasta ahora han venido corroyendo las entrañas de este gran pueblo.

+ +

Nada de interés ha ofrecido la última semana — más corta que las precedentes con motivo de la fiesta nacional — bajo el punto de vista financiero. Ningún cambio importante en el curso de los valores, que se han ido sosteniendo, aunque con cierta languidez que en otra época hubiera sido de malísimos augurios.

+ +

El Paris-literario nos ha dado estos días una docena de libros, la mitad de los cuales pertenece al género eupalagoso, pues en ellos se trata siempre el mismo asunto: los dramas, del amor y del adulterio. — Los otros, son libros especiales que merecerían en todo caso una crítica aparte y en sitio también especial de que no podemos disponer en nuestra limitada correspondencia.

+ +

Extranjero: El emperador Guillermo se ha embarcado en Kiel en dirección al golfo de Finlandia. Pasado mañana será recibido por el emperador Alejandro de Rusia.
Arturo Vinardell Roig